









175

TESIS DOCTORAL

---

LA FILOSOFÍA

EN

LOS POETAS CLÁSICOS LATINOS

POR

PEDRO GOMEZ CHAIX

---

MADRID

IMPRESA DE LA PUBLICIDAD

CALLE DE LA LUZ, 6

1886

GOYD  
(091)  
GOM  
fil

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura

TÉSIS DOCTORAL

---

LA FILOSOFÍA

EN

LOS POETAS CLÁSICOS LATINOS

POR

PEDRO GOMEZ CHAIX

---



R. 13.346

MADRID

IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD

VALENZUELA, 6

1886







Al Sr D José de Asensio, Direc-  
tor de la Real Academia Sevillana  
de Buenas Letras, en apoyo  
Pedro Gomez Chairis

TESIS DOCTORAL

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



ÍLMO. SEÑOR:

Cuando se recorren las páginas de un tratado cualquiera de historia de la filosofía, ofrécese desde luego al espíritu ménos versado en críticos achaques una observación: y es la poca ó ninguna importancia, que, por lo general, se concede al pensamiento filosófico de Roma. Quizá en toda la Antigüedad no existe pueblo, cuyo estudio, bajo este punto de vista, haya tan escasamente adelantado. Hoy, despues de los maravillosos progresos, que las ciencias relativas al antiguo Oriente acaban de realizar, conocemos las ideas filosóficas, por ejemplo, de la India ó del Egipto, como pudiéramos conocer las ideas de los latinos ú otros pueblos posteriores. Y sin embargo, mientras que la mayor parte de los historiadores de filosofía tratan senda y detenidamente de los sistemas chinos, indios, iranios, egipcios, etc., al llegar á Roma, ó no dicen nada, absolutamente nada, ó apenas se ocupan de ciertas personalidades, antes poetas y retóricos que filósofos, como Lucrecio y Ciceron (1).

---

(1) Tiberghien, *Generacion de los conocimientos humanos*; Fouillée, *Historia de la Filosofía*, etc.

¿Hay, pues, ó no, filosofía en Roma? Cuestion es esta, que se deriva de los anteriores datos, y que nosotros no vacilamos en resolver afirmativamente; porque, sin pre-juzgar ahora de si es la filosofía en Roma una filosofía más ó ménos importada y desprovista de originalidad, lo cierto es que no se puede ménos de reconocer su existencia, á poco que se esté iniciado en los hermosos misterios de la literatura latina. Podrá objetarse, en efecto, que la filosofía de Roma no goza vida propia é independiente; podrá sostenerse que los latinos no son en esta ciencia sino un *servum pecus* de fieles imitadores de los griegos; pero lo que no se debe objetar, ni sostener, es que en la fecunda y dilatadísima literatura romana deje de palpitir y de latir, como late y palpita siempre en todas las literaturas, una profunda y alta concepcion metafísica.

Que no fueron los romanos, como fueron los griegos, un pueblo de filósofos, á nadie se le oculta. Hay pueblos, que parecen nacidos para la accion, y pueblos, que parecen creados para el pensamiento. Aman los unos el trabajo material y la indagacion espiritual los otros; cúranse más aquellos de los intereses económicos, y estos de los intereses morales; prefieren estos la paz y aquellos la guerra; viven á la continúa los primeros en el mundo proceloso y revuelto de los hechos, y los segundos en el mundo sereno y tranquilo de las ideas. Y sucede con tan várias y diversas vocaciones de los pueblos, lo que sucede con las várias y diversas vocaciones de los individuos. Las razas, que tienen aptitudes para la accion, no suelen tenerlas en cambio para el pensamiento; y las razas, que poseen aptitudes para el pensamiento, no suelen poseerlas para la accion. Un pueblo conquistador rara vez optará por la vida de la civilizacion, como un pueblo civilizador

no se resolverá á menudo por la vida de la conquista. Reunir la inteligencia á la actividad, cual Grecia en el siglo de Pericles y cual Francia en el siglo de Luis XIV, resulta un prodigio, y por lo tanto, un accidente transitorio y pasajero en la historia esencial permanente de las naciones. Así es Roma el génio de la accion y Grecia el génio de la idea; pero no exijais á Roma condiciones dominantes para la idea, ni á Grecia condiciones preeminentes para la accion.

Cada pueblo, además, desempeña en la historia una mision, de suyo íntimamente relacionada con esta peculiar índole y naturaleza. La mision de Grecia estribó, por ejemplo, en civilizar al mundo; y la mision de Roma, en conquistarlo. Parece la cultura el pensamiento culminante en la historia de Grecia, y la guerra el hecho principalísimo en la historia de Roma; siendo de admirar cómo todos los actos del pueblo heleno y todos los actos del pueblo-rey conspiran á estos fines capitales de su vida. Diríase á veces que, si Grecia mantiene guerras con el Oriente, las mantiene sólo para poder de esta suerte asimilarse mejor aquella propia civilizacion asiática que había de trasmitir al Occidente; y que, si Roma cultiva ciencias y letras, las cultiva sólo para poder merced á ellas afianzar más vigorosamente el imperio de sus leyes. Pues tan luego como Grecia dá cima con Alejandro á su obra redentora de propagar la civilizacion oriental en Europa, vémosla morir políticamente; y tan pronto como Roma ha ligado con los vínculos de su dominacion universal hasta el último pueblo, asistimos á su agonía literaria.

No son, por consecuencia, los latinos, como los helenos, una raza de pensadores y artistas<sup>1</sup>, sino un Estado

de soldados y políticos (1). La verdadera y genuina filosofía, la gran filosofía de Roma, no está, no, en libros ni en teorías, sino en sus campos de batalla, en su Foro, en su Senado, en sus legiones, en sus decretos y en sus obras jurídicas. En esto, en todo esto, más que en los escritos de sus contadísimos filósofos, consiste el legítimo y superior pensamiento metafísico de los latinos. Lo damos por confesado.

Pero tambien hemos ya dicho que Roma tiene su literatura, y que á esta literatura ha de presidir una concepcion filosófica de más ó ménos valía, pero al fin filosófica; y parte de la cual nos proponemos investigar aquí, considerándola en sus más populares y celebrados poetas. Aportar, pues, algunas piedras al edificio de la historia de la filosofía romana, aún por construir, edificio, cuyos materiales andan diseminados y esparcidos en multitud de fuentes de conocimiento, tal ha sido, Ilmo. Señor, el fin á que aspiramos en la presente tesis, y para cuya feliz consecucion hemos leído en su texto las obras de los principales poetas romanos, siendo, por tanto, nuestro trabajo fruto exclusivo de estos estudios de índole puramente analítica y personal.

Admitida la existencia de una filosofía en Roma, y comenzando por el exámen de la misma bajo su aspecto general, ocúrrese ante todo dilucidar el problema de si

---

(1) *Romani, ut erant severis moribus, et magna inhiantes, philosophiam per longum tempus aspernati sunt; nec de aliis curabant, nisi de legibus ferendis, de bello et de subjiendo orbe.* (Balmes, *Cursus Philosophiæ Elementalís.*)



esta filosofía carece realmente de toda fisonomía propia y originalidad. Y tal problema, con solo plantearlo, se resuelve, aunque no quizás en los términos absolutos y extremos, que algunos historiadores encarecen. Indudablemente los latinos no han inventado ningun sistema filosófico de nota; ni la metafísica les debe ningun adelanto positivo. En la infancia del pueblo romano no son tampoco de maravillar las excelsas tradiciones sobre el origen del mundo y creacion del hombre, que otros pueblos en su cuna atesoran. Aquí no encontramos ni siquiera el panteismo de un Orfeo, ni la teogonía de un Hesiodo, ni el naturalismo de un Homero. Desde su fundacion, no guia á Roma otro instinto que el instinto conservador, ni la estimula otro interés que el interés utilitario. Y sólo entrado ya en la madurez de su vida política, nace el pueblo latino á su vida literaria. Pero su amor, por demás tardío, á las letras, es un amor infecundo. La literatura romana, lo mismo en su espíritu que en su letra, y lo mismo en su esencia que en su forma, es, por decirlo así, un trasunto, un reflejo, una copia de la literatura griega (1). Los latinos revelan inspiracion, aciertan á crear en el arte de la guerra y en el arte de la política; en las bellas artes imitan y remedan. Aquellos altivos Escipiones, tan celosos de su personalidad militar, acaban por ser meros plaguarios en las luchas intelectuales. Los metros de la poética romana no se distinguen en nada de los metros de la poética helénica, su

---

(1) Por eso reconoce con notable acierto nuestro queridísimo maestro, el erudito historiador de las letras latinas, Dr. Gonzalez Garbín, que la literatura greco-romana ó clásica preséntasenos constituyendo *un todo*, cuyas partes se enlazan y estrechan recíprocamente,... siendo la literatura romana bajo ciertos respectos una continuation de la griega. (V. sus *Lecciones histórico-críticas de literatura clásica latina*, Granada, 1882.)



madre y educadora. El teatro latino procede del teatro ático; y Plauto y Terencio, de Menandro. Los líricos itálicos beben su entusiasmo en las fuentes de los líricos griegos. La Eneida de Virgilio seméjase á una Odisea en sus seis primeros cantos y en sus seis últimos á una Iliada. Fué Ciceron un discípulo de Platon y Demóstenes. Y apénas la sátira es de creacion propiamente romana (1).

Pues lo que acontece con la literatura latina en general, acontece igualmente con una de sus más pobres y estériles manifestaciones, con la filosofía. Y la filosofía de Roma es luego una importacion de Grecia. Los tres mayores filósofos latinos, Lucrecio, Ciceron y Séneca, descienden por línea recta de Epicuro, Platon y Zenon, otros tres filósofos griegos, reproduciendo aquellos en sus obras las doctrinas de estos con pasmosa exactitud (2). ¿Quién ha seguido las huellas de Epicuro más fervorosamente, que el amigo de Memmio; profesado fé más viva en las enseñanzas de la Academia, que el orador romano; expuesto las teorías estóicas más fielmente, que el sábio de Córdoba? No busquemos, pues, individualidad filosófica sobresaliente y marcada en Lucrecio, en Séneca, ni en Ciceron; y claro es que, al no buscarla en ellos, no hemos tampoco de buscarla en los demás filósofos de su pátria.

En general, y como dicho se está, carece de origina-

---

(1) En rigor de verdad, sólo la sátira, con efecto, es puramente romana (*Satyra tota nostra est*. V. Quintiliano). Hay, sin embargo, otros géneros literarios, en que los latinos, si no tuvieron la originalidad de la invencion, superaron de cierto modo á los griegos por cultivarlos con más éxito y riqueza, v. gr.: el género epistolar, el elegíaco, el jurídico, etc.

(2) No obstante, aunque el fondo de muchas ó casi todas las obras ciceronianas es platónico, Marco Tulio asimilase doctrinas de otros filósofos y sistemas; y lo propio se advierte en Séneca, cuyos escritos, fundamentalmente estóicos, se resienten tambien de tendencias extrañas á Zenon

lidad la filosofía romana. Pero esta falta de originalidad no empece á que investiguemos si algunos pensadores latinos, aún perteneciendo á las escuelas griegas, trajeron nuevos elementos á los sistemas de estas; no empece á que veamos como interpretaron ó comentaron estos sistemas; no empece á que estudiemos las opiniones metafísicas de determinados poetas y analicemos su conciencia moral y psicológica, conciencia, que, al fin y al cabo, no será otra cosa, que la conciencia de Roma reflejada en los imperecederos monumentos de su literatura.

Así la filosofía latina es una filosofía exótica, que sólo, despues de traida de Grecia, arraiga y florece entre los romanos. Y, por lo tanto, su origen sólo tambien se remonta á los tiempos, en que se establecen relaciones, no ya entre la península helénica y la península itálica,—estas relaciones existían desde muy antiguo,—sino entre la raza griega y la raza romana. Cometería un anacronismo gravísimo, quien incluyera en la filosofía latina á las diversas escuelas de filosofía griega, que, por los siglos VI y V anteriores á la era cristiana, se fundaron en el suelo de Italia. Y hay más todavía: no sólo no tienen nada que ver con la filosofía latina las escuelas de Pitágoras en Crotona y de Parménides en Elea, sí que todo induce á creer que á Roma no llegaron por entonces ni los ecos más vagos y lejanos de su fama (1). Roma, en las primeras cen-

---

(1) Nótese que nos referimos á los tiempos, en que florecieron las escuelas itálica y eleática; pues no se nos oculta que en siglos posteriores estos sistemas filosóficos, señaladamente el pitagórico, tuvieron numerosos adeptos entre los romanos.

turias de su existencia, ajena é impenetrable á todo lo externo, ella que debía cobijar despues bajo la ámplia égida de su imperio á todos los pueblos conocidos; Roma con sus ásperos hábitos indígenas, que había de suavizar en adelante adquiriendo sin igual carácter universal y cosmopolita; Roma convergía á la sazón todas las fuerzas vivas de su espíritu en la obra de darse á sí propia una fortísima y perdurable constitucion interna, base de sus triunfos posteriores y de su futura grandeza. Y dada toda entera á esta obra ejemplarísima y colosal, Roma no podía distraer su atencion en el cultivo de las letras, esto es, en vanos y fútiles pasatiempos. Por eso, se explica el constante despego de Roma hácia los asuntos morales, durante todo el primer periodo de su crecimiento nacional y la primer etapa de su desarrollo político; y no extraña que el gérmen de cultura, depositado en la Magna Grecia y en Sicilia por las colonias helénicas, dejase de dar ópimos frutos en el Lacio y demás regiones vecinas, por él sometidas y dominadas.

La pasión de la gloria, la sed de conquistas y el bélico ardor, no otros eran los casi únicos y exclusivos sentimientos, que Roma abrigó hasta llegar á la plenitud de su vida. Pero un día Pirro, el heredero de Alejandro, se presenta en Italia; y hé aquí á la raza griega y á la raza romana en contacto. Y con la invasion de Pirro en Italia inicianse dos luchas: lucha armada de dos Estados la una, en la que prevalecerá la raza romana; y lucha espiritual de dos civilizaciones la otra, en la que triunfará la raza helénica. No hé menester añadir lo que le aconteció al pueblo romano en el momento de hallarse frente á frente del pueblo griego. Su espíritu, antes rudo é inculto, se fué educando al fin y postre; y el sentido estético de los he-

lenos, el perenne y puro sentido estético de los helenos se despertó, como por mágica espontánea generacion, en el alma de los latinos. No pudieron los romanos contemplar el arte y la naturaleza de la Grecia, sin que, más ó ménos de repente los unos, y más ó ménos á la larga los otros, se enamorásen todos rendidamente de la idea de la belleza y de sus medios vários de rica y espléndida manifestacion. Y arrepentidos de su pasado escepticismo é indiferencia, tributaron, andando el tiempo, tal ardiente y fanático culto á la diosa de la hermosura, que ninguna entre todas las razas, que comulgáran en la religion del arte helénico y sacrificáran en sus templos, ninguna acaso ha sabido apropiarse tantos de sus sagrados dogmas y tantos de sus elegantes ritos.

Mas los latinos no se apropiaron, ni con mucho, especialmente en filosofía, todos los sistemas y doctrinas de los helenos. Cuando los ejércitos de Roma se apoderaron de Corinto, y con Corinto de la Grecia entera, las escuelas socráticas perfectas, Aristóteles y Platon, caidos ya en desuso, habían perdido bastante de su boga y autoridad: merecían á la sazón el general aplauso y privaban en el espíritu público las escuelas socráticas imperfectas, Epicuro, Zenon y Pirron. La filosofía griega corría ya en su periodo de decadencia; y, naturalmente influidos por este estado de la conciencia griega, los romanos no rompieron con la tradicion. Por otra parte, á que se inclináran á Zenon y Epicuro con preferencia á Platon y Aristóteles contribuyó directamente el génio mismo de los romanos. Los sistemas epicúreo y estóico, siendo derivaciones éticas de la doctrina socrática, revestían un carácter mucho más

práctico y útil en el alto concepto de la palabra, que los sistemas peripatético y académico. Y como los latinos propendían siempre y antes que nada á lo práctico y á lo útil, optaron de consiguiente por las doctrinas epicúrea y estoica.

De aquí el influjo poderosísimo ejercido en Roma por el estoicismo y el epicureismo. Otras escuelas filosóficas hubo tambien entre latinos; pero ninguna alcanzó la absorbente y avasalladora preponderancia, por aquellas alcanzada. Preciso es reconocerlo: la situacion histórica de Roma no se prestaba á otra cosa. En los momentos, en que los sistemas filosóficos de Grecia inundan profusamente la sociedad romana, hallábase ésta atravesando una crisis gravísima; y dos corrientes, por igual valiosas, se disputaban entonces el vasallaje de las almas: la corriente de lo pasado y la corriente de lo presente. Por una parte, en los ánimos bien templados, imperaban las costumbres austeras, sóbrias y severísimas de los antiguos latinos, de los latinos de pura raza; y por otra, en los espíritus pusilánimes, dominaban las costumbres corrompidas, afeminadas y sensualistas de los latinos modernos, de los latinos degenerados. En rigor de verdad, el primitivo carácter romano, antes de decaer de su antiguo vigor y pureza, fué siempre y por completo el carácter estoico; mas, á medida que va decayendo, conviértese de estoico en epicúreo. Estoica, puramente estoica fué la naciente sociedad romana; estoicos sus héroes, los Brutos, los Horacios Cocles, los Cincinatos, los Camilos, los Coriolanos; estoicas las leyes de las Doce Tablas; estoicas aquellas instituciones republicanas tan sesudas y tan sábias; estoicos sus integérrimos hombres de Estado. Pero desde que el lujo, la molicie, el sibaritismo y otros vicios no ménos deplorables

sustituyen á las antiguas virtudes romanas, comienza en los espíritus una sorda reaccion contra el estoicismo, cuya reaccion encuentra su síntesis más perfecta y su fórmula más cumplida en el epicureismo.

Ya tendremos más adelante ocasion de demostrar cómo los principales poetas latinos se inspiraron de modo preferente en las doctrinas de estóicos y epicúreos. Mas á estas dos escuelas hay que agregar una tercera, que prosperó tambien en Roma: la escuela escéptica. La duda es la señal inequívoca de todas las épocas de transicion. La duda es la atmósfera que rodea á cuanto viene y á cuanto se va, á cuanto nace y á cuanto muere. La duda es el síntoma revelador de los inminentes cataclismos y de las radicales revoluciones. Y como la duda es todo esto, la duda había fatalmente de hallarse enclavada en las entrañas de la sociedad latina de aquel tiempo. Así el escepticismo echó tambien hondísimas raíces entre los romanos, y acaso sumaba un número de adeptos superior al de estóicos y epicúreos. Pero, si el escepticismo disponía de grandes masas en las clases sociales inferiores, no disponía tanto de las clases sociales ilustradas, ó por decirlo así, de la aristocracia intelectual romana, aristocracia que, en medio del universal descreimiento, no ha podido ménos por todos los tiempos y lugares, cuál sucedió á la sazón en Roma, de postrarse de hinojos ante el ideal; y cuyos fueros, en suprema justicia proclamados, han de convivir á la perpétua con los fueros de las más puras y amplias democracias en el seno de los pueblos verdaderamente libres y felices del universo.

Estoicismo en unos, epicureismo en otros, escepticismo en los más; y los tres sistemas, ora amalgamados entre sí, ora con tintes y matices de cierto platonismo,



pitagorismo, aristotelismo ú otras teorías, pero siempre entrando estas en la mezcla por partes exiguas y muy escasas: tal es el pensamiento filosófico de Roma en los períodos vários de su literatura y sobre todo de su poesía.

La importacion de la filosofía griega en Roma, ó lo que es lo mismo, el nacimiento de la filosofía latina arranca, segun todas las probabilidades, de un hecho perfectamente preciso y positivo: la venida de una embajada ateniense á la capital de Italia hácia fines del siglo vi de la era romana. Ya, anteriormente, cuando se pensó por patricios y plebeyos en redactar un código, que transigiera las respectivas aspiraciones de ambos órdenes, visitaron Atenas para estudiar sus leyes vários enviados de Roma. Pero esta depu- tacion no logró más resultado, que el de allegar algunos datos para las leyes de las Doce Tablas; y claro es, por lo tanto, que no pudo estrechar relaciones literarias entre pueblos, que jamás las mantuvieron. Fué un acontecimiento aislado, sin consecuencias inmediatas, ni remotas para la filosofía. El verdadero movimiento literario latino se inicia, á partir de terminada la primera guerra púnica, con la representacion de los dramas semi-griegos de Andrónico, allá en el año 514 de Roma. Por esta fecha dá principio la introduccion del helenismo, cuya influencia, en lo que toca á la filosofía, va lentamente preparando el terreno, hasta que, ya de sobra abonado este al aparecer en Roma la referida embajada ateniense, acaba aquel por imperar triunfante en la esfera metafísica. Y precisa detenernos en tal hecho, porque viene aquí bajo nuestra pluma á confirmar admirablemente cuanto llevamos expresado.



Seis años, en efecto, antes de la destruccion de Corinto, delegaron los atenienses á Roma una embajada, compuesta en su mayor parte de filósofos pertenecientes á encontradas y distintas escuelas. Figuraban, por ejemplo, en su seno nuevos académicos rayanos en escépticos como Carneades, aristotélicos degenerados en epicúreos como Critolao; y estóicos como Diógenes. Y todos estos filósofos, fieles á los apotegmas fundamentales de su credo científico, aprovecharon la ocasion para hacer en Roma activa propaganda de sus ideas. Así el cuasi sofista Carneades, ese hijo pródigo de Platon, que resucitára en sus falacias á aquellos otros sofistas, para siempre maltrechos por el génio de Socrates, su glorioso antepasado; el cuasi sofista Carneades vanagloriábase, no sólo de sostener la incertidumbre de los conocimientos humanos, sí que de partir lo mismo en pró que en contra de todas las cuestiones; mientras que el voluptuoso Critolao jactábase de predicar un puro y desembozado sensualismo. Y juzgad de los efectos que el lenguaje subversivo de tales filósofos, dicho en el Foro mismo, allí donde solo había resonado constantemente el lenguaje rudo, pero sincero de la verdad; juzgad de los efectos que tal lenguaje causaría. Caton, aquel Caton el Censor, tan prendado de lo antiguo y personificacion de cuanto en Roma representaba un interés creado ó una costumbre tradicional, ardió de patriótica irresistible indignacion ante el abismo de tantos y tan tremendos peligros; y su enérgica protesta, solicitando la expulsion á toda prisa y á toda costa de los enviados atenienses, eternamente fulminará desde el Senado romano, como uno de los más hermosos timbres de la elocuencia clásica y uno de los más preclaros méritos del eminente tribuno.

¿Y qué resulta de estos hechos?—Pues resulta todo lo que tenemos dicho antes de ahora. Resulta que el carácter romano era de suyo refractario al cultivo de la filosofía: dígalos sino Catón. Resulta que el epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo, fueron las doctrinas que mejor respondían á la situación histórica por que Roma atravesaba: dígalos sino la extrema complacencia con que la juventud romana prestó su oído á la enseñanza de estos tres sistemas de los delegados griegos. Y resulta, por último, que la filosofía era cosa desconocida é ignorada de los antiguos romanos (1); dígalos sino la extrañeza de todos al escuchar á los filósofos griegos, el empeño vivísimo de los unos en expulsarlos, y el empeño no menos vivo de los otros en aplaudirlos (2).

Llegamos ahora al momento en que la filosofía griega, á partir de fines del siglo vi importada en Roma, empieza á influir en la poesía, lo propio que en las demás esferas de la literatura latina. Estudiemos, pues, cuanto de filosofía traen y conservan en sus obras maestras los más notables poetas clásicos romanos. Y desde luego puede decirse que poeta propiamente filósofo no vamos á encontrar ninguno, pues que ni siquiera es dable conceptuar por tal á Lucrecio. Ningun poeta latino es de profesion filósofo.

---

(1) Para el romano antiguo, dice Zeferino Gonzalez, no había otra escuela que el Foro y el campo de Marte, ni otro liceo que la tienda de campaña. Y para el romano moderno, toda su atención la absorbieron los juegos del circo y los combates de gladiadores.

(2) Además, bajo el consulado de Mesala y Estrabón, el Senado publicó un decreto reprobando y censurando las escuelas de ciertos filósofos como innovaciones contrarias á los usos é instituciones de los antepasados. (V. Z. Gonzalez, *Hist. de la Filos.*) tomo I.

sofo, ni se sirve de la poesía para desarrollar un sistema filosófico propio. Lucrecio, con ser un expositor incomparable de filosofía, no tiene, segun muchos, otra originalidad que la de la forma: en el fondo, reproduce punto por punto, añaden, la doctrina de Epicuro. Y prescindimos de los demás, porque sin duda nadie hasta la fecha se habrá cuidado entre nosotros de ver si en sus poesías se notan ó no rasgos más ó menos marcados de metafísica.

Mas, no obstante todo esto, en los poetas clásicos latinos hay, á nuestro juicio, mucho, muchísimo que estudiar bajo el punto de vista filosófico. Porque no son, no, ni pueden serlo, sistemas completos y acabados de filosofía, los que pretendemos examinar en ellos, sino ideas por lo comun aisladas y nociones generalmente sin enlace, que nosotros nos esforzaremos en relacionar para que, gracias á su mútuo esclarecimiento, se forme con ellas un todo de método y armonía.

Dejando á un lado los primeros monumentos de la poesía latina, monumentos que no ofrecen gran interés para la filosofía, como no lo ofrecen para la ciencia, ni el arte; y viniendo á los antiguos poetas contemporáneos de Andrónico, el primer imitador de la tragedia griega, no es difícil descubrir ya, en estos, vislumbres y esbozos de un elevado pensamiento metafísico. Tenemos fragmentos de Ennio (1), en los cuales se encuentran claras é indelebles preciosas ideas acerca de los dos grandes problemas que entraña toda filosofía, acerca de Dios y el alma. Ennio siempre ha creído y creará siempre que existen dio-

---

(1) Sábese que Ennio compuso dos poemas filosóficos: *Epicharmus* y *Echemerus*.

ses en el cielo; lo que no entiende es que se cuiden para nada de los actos de los hombres, porque, si de éstos se cuidáran, vivirían desdichada vida los malvados, y los hombres de bien vida feliz, cosa que no acontecía en su tiempo (1). Es, pues, partidario del deísmo epicúreo. Además, Júpiter para Ennio no es sino una sustancia material, que se transforma de aire en viento, nubes, lluvia, y después de lluvia, en nubes, viento y otra vez en aire (2). Y no hablemos de la vida futura, de la inmortalidad del alma á un epicúreo: según Ennio, no hay otro más allá que el triste y desconsolador Averno de la mitología pagana (3). Y el egregio historiador en verso de los tiempos heroicos de Roma, sólo aspira á la perpetuidad de su fama:

Nemo me lacrumis decoret, nec funera fletu  
Faxit, cur? volito vivu' per ora virum (4).

Ni deja tampoco de tener importancia para la filosofía el concepto que, relativo al Sér Supremo, descubrimos en otro de los poetas dramáticos de esta época, sobrino de

- (1) Ego Deum genus esse semper dixi et dicam coelitum,  
Sed eos non curare opinor quid agat humanum genus;  
Nam si curent, bene bonis sit, male malis, quod nunc abest.  
Cicer. *de Divin.* II, 50.

- (2) Istic est Jupiter quem dico, quem Graeci vocant  
Aera; quique ventus est, et nubes, imber postea,  
Atque ex imbre frigus, ventus post fit, aer denuo.  
Egger, *Reliq.* pág. 150.

- (3) Acherusia templa alta Orci, salveta, infera,  
Pallida, Lethæa, obnubila, tenebris loca.

No faltan, sin embargo, razones para suponer que Ennio profesaba la teoría de la metempsicosis pitagórica: así lo afirma Lucrecio (*De Rerum Natura*, lib. I, v. 118; y él mismo llegó á pretender que había pasado á su cuerpo el alma de Homero.

- (4) Cic. *de Senect.* V.

Ennio, en Marco Pacuvio. Sea cual fuere, dice Pacuvio, hay un Sér que todo lo anima, nutre, fomenta, crea, transforma y recibe en sí propio: este Sér es el engendrador de todo y todo emana de su seno y á su seno vuelve (1). Indudablemente aquí se siente el panteísmo, aunque no el panteísmo eminentemente naturalista y extremo de los jónicos, sino el tímido y moderado de Anaxágoras y los estóicos. Que al fin y al cabo ese Sér Supremo es para Pacuvio á modo de alma del universo.

Estóico también, pero á la vez teísta más ardoroso y convencido, fué el reputado satírico Lucilio. Adversario implacable de la superstición y la idolatría (2), el antecesor de Horacio no se explica cómo el impío y el perjuro pueden tener fé, cual él la tenía, en la existencia de la divinidad:

¿Tibulus si Lucius unquam  
Si Lupus, aut Carbo, Neptuni filiu' divos  
Esse putasset tam impius ant perjuru' fuisset? (3).

Nada tan magnífico, por otra parte, como la hermosísima paráfrasis que el mismo Lucilio hace de la virtud, la cual, consiste, según él, en poseer un profundo conocimiento de las cosas, en apreciar lo correcto y lo incorrecto, lo útil y lo inútil, lo honesto y lo deshonesto, en discernir el bien y el mal, en indagar el fin y medios de vivir, en respetar al hombre digno de respeto y en no considerar al hombre indigno de consideración, en promover las buenas costumbres y corregir los vicios, en amar y

---

(1) Quidquid est hoc, omnia animat, format, alit, auget, creat,  
Sepelit, recipitque in sese omnia, omniumque idem est pater;  
Indidemque eodemque oriuntur de integro, atque eodem occidunt.  
Cicer. de Divin. I. 57.

(2) Lactancio, *Inst.* I, 22.

(3) Cicer. de Nat. Deor. I, 23.

servir á su pátria y á los suyos (1). A buen seguro que rara vez la moral del Pórtico habrá sido con más acierto interpretada.

No queremos insistir de nuevo sobre el pensamiento filosófico que se trasluce en los fragmentos no perdidos de estos poetas de la antigua Roma, para llegar pronto á Lucrecio, siglo de Augusto, y reinado de los primeros emperadores, puntos los tres más interesantes de nuestro trabajo; pero aún precisa hacer otra parada en los dos poetas por excelencia cómicos de Roma, en Plauto y en Terencio.

Ciertamente que Plauto no es en sus obras, como tampoco Terencio, un dechado de intachables y concienzudos moralistas; y con frecuencia resultan sus comedias amarguísima piedra de escándalo (2). Sucédele á Plauto lo que le sucedió más tarde á Juvenal, ese otro Plauto de la Roma Cesárea: que, so pretexto de ridiculizar los más horrendos vicios sociales, inconscientemente los pone al desnudo y ofende la vista del ménos vergonzoso con su descarnada exhibicion. ¡Pero admirable y singular ministerio, tanto el de la comedia como el de la sátira! Si tienen el inconveniente de sacar á luz males ocultos, que al

---

(1) Virtus est homini scire id quod quæque habeat res;  
Virtus, scire homini rectum, utile, quid sit honestum,  
Quæ bona, quæ mala item, quid inutile, turpe, inhonestum;  
Virtus, querendæ finem rei scire, modumque;  
Virtus, id dare quod reipsa debetur honori.....

Lactancio *Inst.* VI. G.

(2) Testigo su *Anfitrión*, en el cual tan triste idea nos da Plauto, por otra parte, de la divinidad.



pronto parecen seducir, á la larga tienen la ventaja de irlos remediando, merced al ódio que su aspecto aciago y tétrico engendra en sus mismos fautores. Y así Plauto puede tambien considerarse, aunque la cosa extrañe, como un moralista no mediano, ni vulgar, pero al cabo moralista *sui generis* y á su manera.

Mas, prescindiendo de esto, hay, en las comedias de Plauto, multitud de aforismos, que en modo alguno desdichan de la más rígida moralidad. Son como joyas perdidas en inmundo monton de fango. Ante todo, Plauto no es ateo. Para Plauto existe necesariamente un Dios, que vé y escucha cuanto hacemos (1). Los decretos divinos son inmutables y eternos; y estos decretos rigen providencialmente el mundo (2). Despues Plauto encarece á la continúa las excelencias de la virtud. Vive mucho quien vive honradamente (3). En la adversidad consuela grandemente el no perder la entereza de ánimo (4). Amad lo verdadero y detestad la mentira (5). La mujer más se debe apreciar por su castidad que por sus riquezas (6). Y por último, Plauto condena durísimamente la esclavitud,

(1) Est profecto Deus, qui quæ nos gerimus auditque et videt.

*Capt. act. II, sc. 1.*

(2) ..... Di nos, quasi pilas, homines habent.

*Capt. prolog.*

(3) Ut bene vivitur, diu vivitur.

*Trinum. act. I. sc. 1.*

(4) In re mala animo si bene utere, juvat.

*Capt. act. I, sc. 1.*

(5) Ego verum amo, verum volu mihi dici, mendacium odi.

*Mostel. act. I, sc. 3.*

(6) ..... Pudorem gerere magis quam pvrpuram

*Permul. act. I sc. 2.*



como el más grave y funesto de todos los infortunios (1). Verdad es que tal reprobacion de la servidumbre en los labios del poeta perdía algo de su mérito absoluto, no siendo desprovista de todo desinterés, por haber tenido Plauto que soportar, allá por las mocedades de su vida, el oneroso yugo y las pesadas cadenas del esclavo. Pero aparte semejante coincidencia personal, muy atendible por cierto, importa advertir que esta protesta de Plauto contra la esclavitud, no es una idea política aislada del poeta, sino una idea que responde á un verdadero sistema político general. Plauto es, como diríamos hoy, un poeta demócrata. Es el poeta de la plebe, como Terencio es el poeta de la aristocracia; revolucionario el uno y el otro conservador; adulador aquél del pueblo y cortesano éste de los grandes; celoso de su independencia, pagado de su fantasía, exuberante, fecundísimo, el primero; y de ingenio suave, helenizado, metódico, ducho en los secretos del teatro, el segundo. Así Plauto se aplica con especialísimo esmero en procurar que las virtudes de los plebeyos jamás se eclipsen ante las virtudes de los magnates. Y ya simpatice con los esclavos, ya reconvenga á los amos, nó pocas veces presentará á los unos, capaces de tantos heroísmos, de tanta grandeza de alma y de tanta elevacion de miras como los otros. Es su proceder, en suma, un proceder esencialmente republicano y de igualacion de derechos en todas las clases sociales.

Ménos jovial y ménos dotado de extraordinaria expresion cómica que Plauto, aunque al mismo tiempo más ele-

---

(1) *Omni malo, omni exitio pejor servitus....*

*Capt. prolog.*

gante y más urbano, es su coetáneo Terencio, célebre no tanto por su amistad con los patricios, como por su culto á lo que se llama en nuestro lenguaje moderno humanismo. Excusado es traer á la memoria, por demasiado sabido, aquel principio eterno demoral universalísima, preconizado por este poeta en la sintética fórmula de

Homo sum, humani nihil a me alienum puto (1);

maravillosa última palabra de la Antigüedad en ciencias sociales y políticas, que parece algo como el prefacio del Evangelio ó el prelude del Sermon de la Montaña. Y el amor á la humanidad, que, en este verso, pasado ya de proverbio, se siente, no es en Terencio rayo fugaz ó fuego fátuo, que por un momento hiere y deslumbra, sino plácida luz, que constantemente ilumina y fulgura con inextinguibles resplandores. Por doquier, con efecto, en el teatro terenciano, nótase el mismo respeto á todos los humanos respetos, la misma caridad y filantropía. El ideal de Terencio es la vida dulce y reposada, pero inofensiva de los epicúreos. Terencio es un espíritu enamorado de la paz y la concordia. Benévolo y tolerante, deferente y afa-ble con los demás, sólo así se llega á la estimacion pública, sólo así se captan amigos (2). A veces tambien prodiga nuestro poeta acertadísimos consejos. La sabiduría no consiste para él en vencer tan sólo los obstáculos del

---

(1) *Heautont.* act. I, sc. 1.

(2) Facile omnes perferre et pati,  
Eorum obsequi studiis, adversus nemini,  
Nunquam præponens de illis: ita facillime  
Sine invidia laudem invenias et amicos pares.....

*Andr.* act. I, sc. I.



momento, necesita además adelantarse al porvenir (1). Hay ocasiones, en que el derecho absoluto resulta una violación relativa de la justicia (2).

Entre los representantes de la doctrina epicúrea en Roma, ninguno, sin embargo, más autorizado que Lucrecio. Nacido este poeta en ilustre cuna y llamado por honrosas tradiciones de familia al desempeño de altos cargos del Estado, apartáronle su temperamento y aficiones de la siempre agitada y tormentosa vida pública,—tan preñada por demás á la sazón de escollos arriesgadísimos y llena de hondos sinsabores —y triste náufrago de las discordias civiles, que desgarraban á su patria, refugióse, cual en seguro puerto, en el tutelar asilo ofrecido, lejos del mundo, por las letras á sus fieles y devotos cultivadores. Así, nada tan vivo como el ardor, puesto por él en darse al estudio de la filosofía; y nada tan ciego como la fé, con que abrazó la doctrina epicúrea. Mas, aparte todo esto, hubo en la vida de Lucrecio una circunstancia importantísima, que determinó sus gustos filosóficos y aún su filiación á la escuela epicúrea: Lucrecio, como todos los jóvenes selectos y esclarecidos de su tiempo, fué á educarse en Atenas; donde, ávido su apenado y abatido espíritu de saludables y consoladoras enseñanzas, sólo recibió lecciones del más refinado y seductor sensualismo. Y desde

---

(1) Istinc est sapere, non quod ante pedes modo est  
Videre, sed etiam illa quæ futura sunt  
Respicere.....

*Adelph. act. III sc. 8.*

(2) Jus summum sæpe summa est malitia.

*Heautont. act. IV, sc. 8.*

entonces su adhesión al sistema epicúreo fué una adhesión inquebrantable; y su entusiasmo por las teorías del maestro rayó en el frenesí de un verdadero delirio. Para Lucrecio no hay más ciencia, ni más ideales en el mundo, que los ideales y la ciencia de Epicuro. Y su apoteosis de este sábio, alzado á las olímpicas alturas de lo sobrenatural y extraordinario, llega á tanto, que realmente no hay en el fondo de la conciencia de Lucrecio más Dios que el propio filósofo griego, ni más Providencia que la suya (1); de suerte que, quien se declaraba acérrimo delador de todas las religiones y cultos positivos, profesaba al fin una religion y un culto, el culto y la religion de Epicuro: tan cierto es que, en la necesidad imprescindible de reconocer á un Ser Supremo y en la necesidad no ménos imperiosa de prestarle homenaje de amor y acatamiento, por más que la mente humana se empeñe en destronar á todos los dioses en los espacios sin fondo y en los tiempos sin límites, el espiritualismo pronto recaba su imperio, divinizando hasta los más monstruosos engendros de la naturaleza y el arte.

Lucrecio tiene, pues, filiación filosófica perfectamente definida y clara. Entre los poetas de Roma es el poeta por excelencia filósofo: y su poema *De Rerum Natura*, la única obra poética escrita en idioma latino sobre asuntos propiamente metafísicos. Al contrario de lo que pasa con Ennio y Lucilio, Terencio y Plauto, cuyo íntimo pensa-

---

(1) Con efecto, en cierto lugar de su poema, Lucrecio concede paladinamente á Epicuro nada ménos que honores divinos:

..... Deus, ille fuit, deus, inclyte Memmi,  
Qui princeps vitæ rationem invenit eam, quæ  
Nunc appellatur sapientia.....

Lib. V. v. 8-10.

miento filosófico sólo puede darnos á conocer un detenido y maduro análisis, en Lucrecio todo se concreta y determina, todo salta á primera vista, sin vaguedades ni celajes. Lucrecio es un discípulo impenitente, servil, fanático de Epicuro, que sigue trecho por trecho y paso á paso. Y aún cuando, á nuestro juicio, en el *De Rerum Natura* hay algo que no es epicúreo, y ni siquiera griego, sino romano y eminentemente romano; aún cuando, sobre todo en lo concerniente á la ética, son de observar en aquel ciertos resabios nacionales y de ningun modo importados; aún cuando domina en el mismo no sé qué nota lúgubre y desoladora (1) impropia del epicureismo por naturaleza anacreóntico, alegre y festivo de los griegos; no obstante, en lo esencial del poema, en sus doctrinas y fundamentos generales, á nadie se le oculta que la concepcion de Lucrecio no se distingue sustancialmente de la concepcion de Epicuro, como ésta á su vez no se distingue tampoco, salvo ciertas ampliaciones, de la concepcion de Leucipo y Demócrito (2).

Pero, si el poema de Lucrecio no se avalora por su fondo, en extremo pobre de ideas nuevas y originales, avalórase en cambio por su bellísima forma, rica en todo linaje de primores. Y tiene además otro mérito el *De*

---

(1) Lucrecio vivió en tiempo de las famosas proseripciones de Mario y Sila; y la dolorosa impresion, producida en su ánimo por estos tristísimos sucesos, se refleja por doquier en el *De Rerum Natura*.

(2) Pocos son, en verdad, los puntos donde Lucrecio se aparta de Epicuro ó dice algo nuevo. Apenas pueden adjudicársele como suyas dos ó tres teorías—y éstas sin influencia en los principios dominantes del epicureismo,—entre las cuales, acaso debiéramos colocar la del *Contrato social* (Rousseau) y la de la *Selección natural* (Darwin), doctrinas ambas presentadas por Lucrecio, aunque sin el desarrollo y amplitud que más tarde han alcanzado en estos autores modernos.

*Rerum Natura*: su carácter universalizador y sintético. Como la *Suma* de Santo Tomás ó la Divina Comedia de Dante se consideran el resúmen de todo el saber de los tiempos medios, y la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert el resúmen de todo el saber de los tiempos modernos, así podría considerarse el *De Rerum Natura* como el resúmen de todo el saber de los tiempos antiguos. Y la obra de Lucrecio diríase á una la *Suma* y la Enciclopedia de la Antigüedad. Desde luego la idea madre del poema es la idea metafísica; pero en su exposicion gradual y variadísima nada falta, ni descripciones de la naturaleza, ni episodios históricos, ni estudios sociales, ni tradiciones mitológicas, ni conocimientos astronómicos, ni explicacion de los fenómenos físicos. Todo está allí magistralmente desenvuelto; aunque lo más notable es la parte cosmológica, y en la parte cosmológica el principio de los átomos, alma y génio del sistema.

Así no asombra que, siendo el atomismo la doctrina predilecta de Lucrecio, se proclame éste, desde los primeros versos de su poema y sin reserva, materialista, saludando en Venus la diosa, que preside con sus leyes de amor á todo el universo (1); é inmediatamente, como para probar que esta divinidad, por él invocada, no es sino un símbolo ó un emblema, impugna con acerbidad la religion pagana (2), al par que preconiza el axioma de *ex*

---

(1) Alma Venus... per te quoniam genus omnis animantum  
Concipitur... visitque exortum lumina solis...  
Que quoniam rerum naturam sola gubernas.

Lib. I, v. 4-22.

(2) ..... Oppressa gravi sub religione...  
Horribili super aspectu mortalibus instans.

Lib. I, v. 64-66.



*nihilo nihil* (1) y su corolario, la eternidad de la materia (2). Según Lucrecio, sólo existen en el mundo materia y fuerza, átomos y movimiento. Todos los cuerpos se componen de moléculas, las cuales se atraen y repelen, juntan ó separan entre sí. Y estos elementos atomísticos, que se mueven y al moverse chocan en el vacío, son eternos é indivisibles. De las agregaciones y disgregaciones de los átomos resultan todos los seres, incluso el alma y también los dioses, si los hay. Tienen los átomos multitud de formas; su caída es oblicua y su número infinito. De suyo carecen de sensibilidad, la cual es misterioso atributo de determinadas combinaciones meramente fortuitas. En síntesis estas son las teorías, á que Lucrecio consagra los dos primeros libros de su poema; y sin duda para suavizar su áspera aridez, es por lo que á menudo las interpola con digresiones más ó ménos bien traídas y felices, pero siempre llenas de gracia y donosura.

Trátase más adelante, en el tercero y cuarto libro, del alma y las ideas. ¿Y qué es el alma para Lucrecio? Dicho se está: el alma, como todos los seres, un agregado ó compuesto de átomos sutiles entre los más sutiles, pero átomos al cabo. Natural es, por consecuencia, que las almas sean mortales y perezcan, como perecen los demás cuerpos; esto es, que sus átomos integrantes se disgreguen, confundiendo con los átomos de otras almas ó vagando por el vacío. ¿Y qué son las ideas? Pues también resultado de los átomos: Lucrecio explica el origen y for-

---

(1) ..... Ubi viderimus nihil posse creari  
De nihilo.....

Lib. I, v. 156.

(2) ..... æternaque materies est.

Lib. I, v. 247.



macion de las ideas, suponiendo que los cuerpos exteriores desprenden, ora de su seno, ora de su superficie, pe-queñísimas efigies ó simulacros encaminados á herir los órganos de los sentidos. Redúcense, pues, las ideas, segun nuestro poeta, á meras sensaciones.

Tal es la ontología y la psicología de Lucrecio en sus rasgos culminantes. Veamos ahora su cosmogonía, su fé religiosa y su ciencia política; de cuyos asuntos se ocupan preferentemente el quinto y sexto ó último libro. El mundo, en sentir de Lucrecio, no ha sido creado, puesto que la materia es eterna; pero, sí, tiene un comienzo en cuanto sér organizado, y, por lo tanto, tambien tendrá un fin. Antes de constituirse el mundo en su estado actual, existía el caos. Despues, tras continuas y lentas determinaciones de la materia caótica, surgieron el cielo, los astros, la tierra, y en la tierra, los mares, las plantas y los árboles, los animales, y por último el hombre. Así el génesis lucreciano no pugna en su proceso general con el génesis mosaico: elévase siempre, como éste de los séres inferiores á los séres superiores. Mas lo deplorable de tal cosmogonía consiste en que á esta formacion del universo no preside un espíritu creador, el espíritu de Dios, sino una fuerza ciega y fatal, inconsciente y mecánica, la fuerza de los átomos.

No ménos interesante bajo su consideracion social es el cuadro por Lucrecio ofrecido de los progresos y vicisitudes, que atravesára la humanidad en los remotos periodos prehistóricos. Al principio el hombre vive vida animal (1); guarecido en las selvas, nútrese con alimen-

---

(1) Lib. V, v. 923, etc.

tos vegetales y apaga su sed con el agua de los ríos, teniendo que lidiar á un tiempo contra las inclemencias de la intemperie y las acechanzas de las fieras. Constitúyese despues la familia y créanse sociedades. Para satisfacer la necesidad de comunicarse con sus semejantes, inventan los hombres el language (1). Aprovechase el fuego, caido del cielo con el rayo, como primer factor de la industria (2). Nómbranse reyes y magistrados, por quienes se imponen y promulgan leyes (3). Artes mecánicas, como la fundicion del plomo (4), se descubren; y tras las artes mecánicas, artes liberales, como la música (5). Pero entre todas las ciudades, Atenas es la que más inapreciables y señalados servicios ha prestado á la causa de la civilizacion, no solo por sus adelantos agricolas y jurídicos, sino por haber tenido la suerte de que naciera en su seno Epicuro, Epicuro, el verdadero redentor del mundo, el único Bautista y á la vez Mesias del género humano, según Lucrecio.

Ahora bien: ¿se justifica tanto entusiasmo de Lucrecio por Epicuro? Y con esto vamos á la exposicion de la conciencia religiosa del poeta latino. La gloria más brillante de Epicuro, á los ojos de Lucrecio, estriba con efecto en su propaganda anti-pagana, impía, irreligiosa. Sumido hallábase el mundo en las oscuras supersticiones de grosero politeismo, cuando Epicuro aparece para purificarlo con el vivificador oxígeno de su verbo iluminado:

---

(1) Lib. V, v. 1027, etc.

(2) Lib. V, v. 1090, etc.

(3) Lib. V, v. 1117, etc.

(4) Lib. V, v. 1240, etc.

(5) Lib. V, v. 1378, etc.

E tenebris tantis tam clarum extollere lumen  
Qui primus potuisti, illustrans comoda vitæ (1)....  
Omnia veridico qui quondam ex ore profudit (2);

y aún dado que el poeta romano no se propuso con su ardorósima campaña atea más que la muerte de las supersticiones reinantes, quisiéralo ó no, ello es que al mismo tiempo que asestaba rudos golpes á la religion pagana, asestábalos tambien á toda creencia religiosa. No inculpamos, pues, á Lucrecio de haber, como su maestro, labrado la ruina del politeismo pagano; de lo que le inculpamos, es de haber envuelto, en la caída del mismo, el sentimiento religioso (3). Verdad que es achaque comun á muchos revolucionarios el destruirlo todo y no crear nada; pero estos tránsitos violentísimos y bruscos de lo real á lo ideal, de lo existente á lo futuro, de lo negativo á lo positivo, requieren á la continúa harta templanza en el ataque. ¡Y ay de los reformadores, que, por su afán inmoderado y desmedido de mejorar lo presente, comprometen lo porvenir!

Pero volvamos á Lucrecio. Nuestro poeta será, pues, tambien un adversario irreconciliable de la mitología; y por eso se esfuerza en explicar naturalmente, sin apelar á recursos extrafísicos, todos los fenómenos naturales. Pensábase generalmente entre griegos y romanos, que el trueno, de ordinario forjado en el Olimpo, era arma favorita que Júpiter esgrimía contra los humanos, quienes imaginaban ver en él una señal de la ira ó de la omnipotencia celeste: pues Lucrecio combate y combate no sin

---

(1) Lib. III v. I.

(2) Lib. VI v. 6.

(3) Lucrecio aventaja en ateismo á Epicuro: éste, si no creía en la Providencia, creía en los dioses; aquél no cree ni en la una ni en los otros.

dureza esta creencia, á todas luces destituida de sólido fundamento (1). Para él, el trueno, como la lluvia, como todos los fenómenos físicos, son meros efectos de causas puramente naturales. Pero sucedió en otros tiempos que los hombres, desconociendo la razón de estos fenómenos, inventaron á los dioses para darse cuenta de los mismos. Y así, bajo cada manifestación de la naturaleza, adoraban á una divinidad; absurdo que Lucrecio, siguiendo á Epicuro, contradice con energía.

Después de todo, esta filosofía de Lucrecio, sin alma inmortal y sin Dios uno y perfecto, no es otra cosa que el materialismo de todos los tiempos y lugares (2), tan audaz en sus dudas y afirmaciones como el materialismo de Charvaka en la India (3), como el materialismo de los Jónicos en Grecia, como el materialismo de Diderot y d'Holbach en Francia, como el materialismo de la escuela positivista en nuestros días. Lo único que separa notoriamente al sistema de Lucrecio de tantos otros sistemas, es cierto carácter pesimista, hijo antes de la época y del medio, de la vida é inclinaciones subjetivas del poeta, que del epicureismo en sí mismo. Y en último término, todo el poema *De Rerum Natura* podría resumirse con una sola palabra: el Nirvana. Lucrecio es un escéptico en religión, en ciencia, en política, en moral. Si alguna vez se extasía ante la hermosura de la naturaleza física y contempla arrobado sus grandiosos espectáculos, ni profundiza jamás

---

(1) Lib. VI, v. 387, etc.

(2) Materialista es un sistema que, como el epicúreo, parte de la *sensación* en psicología, del *interés* en política y del *placer* y la *fuerza* en moral.

(3) A propósito de Charvaka, recuérdese que Brihaspati, poeta que popularizó en la India el sistema de aquél, tiene, bajo dicho respecto, cumplida analogía con Lucrecio.

la mirada, ni vé nunca más allá de la corteza de las cosas. El estado constante de su espíritu es la indiferencia absoluta, la anemia intelectual. Hombre sin principios ni aspiraciones, que lo levanten á los inefables y serenos mundos espirituales henchidos de esperanzas y plegarias, despues de haber tristemente vegetado en azarosa vida, dáse él propio la muerte (1); y al suicidarse, escribe la última página de su poema, deduce la postrer consecuencia de su doctrina, la cual no lleva lógicamente, ni llevar puede más que á un verdadero Nirvana, á un aniquilamiento universal (2).

Despues de Lucrecio, Virgilio; despues del *De Rerum Natura*, la Eneida. Y hénos entrados en pleno siglo de Augusto. No nos detenemos antes en Catulo; porque, poco, y á más de poco, malo y descolorido casi siempre es lo que podríamos espigar en este apasionado cantor de los frívolos amores, epicúreo de pura raza, pero no epicúreo teórico á la manera de Lucrecio, sino epicúreo práctico, dado continuamente al goce de los sensuales deleites.

Virgilio no estudia, como Lucrecio, filosofía en Atenas, mas, lo que resulta lo mismo, estúdiala en Roma; donde ya dominaban con imperioso dominio en las almas los sistemas de la Grecia. Y sus maestros, entre quienes

---

(1) Es oportuno mostrar por este ejemplo cómo la vida y los hechos humanos están siempre en armonía con las ideas y creencias. ¡Cuán diferentes la doctrina de Sócrates y la de Lucrecio; y cuán distintas, por lo mismo, la muerte de aquél y la de éste!

(2) Para Lucrecio ni siquiera existe el infierno. Ya hemos visto que el alma se descompone, segun el autor del *De Rerum Natura*, al descomponerse el cuerpo.

se cuenta el célebre Siron, tan decantado por el orador arpinate, profesan el epicureismo, como los maestros de Lucrecio. Sin embargo, Virgilio no se muestra exclusivamente epicúreo en sus obras; es un sistema de báscula su sistema filosófico, su método un método ecléctico, y su carácter un carácter tornadizo. El poeta de Mántua oscila, como más adelante oscilará el poeta de Venusa, entre unas y otras escuelas. Donato asegura que Virgilio pertenece á la nueva Academia; Alejandro Severo llamábale el Platon de los poetas; y otros entienden, por último, que tampoco faltan indicios y vestigios de estoicismo en sus obras. Inquiramos, pues, á favor de la luz, que diferentes pasajes de los escritos virgilianos arrojan sobre estas opiniones, cuál es la más probable ó si deben todas en parte admitirse.

Desde luego, y durante el primer período de su vida, al cual corresponden las églogas, Virgilio se manifiesta abiertamente epicúreo. Hállase aún bajo la influencia irresistible por lo fascinadora de Lucrecio y bajo la tutela poderosa por lo inmediata de sus maestros. Así, cuando en la égloga VI, Sileno, consultado por dos zagales y una ninfa, les explica el origen del mundo, parécenos oír las teorías del mismo Lucrecio. Ante todo, la tierra, el agua, el aire y el fuego existían en el vacío (1), y de estos cuatro elementos deriváronse todos los séres. Pasó el globo terráqueo del estado líquido al estado sólido; las cosas poco á poco tomaron formas; entraron los mares en sus

---

(1) En general, casi todos los filósofos de la Antigüedad, á excepcion de los chinos que tambien admitian la madera y el metal, reducian los elementos primordiales de todos los séres á los cuatro de tierra, agua, aire y fuego.



lechos; iluminaron el universo atónito los rayos del sol; rasgáronse las nubes y echaron de su seno las lluvias; ciñeron á sus sienes verdes coronas las selvas; y los animales recorrieron llanos y montes (1). Hasta aquí lo interesante, bajo el punto de vista filosófico, de la narracion de Sileno; lo demás es pura mitología, y refiérese á las fábulas de Pirra, Saturno, Prometeo y otras, de que debemos prescindir en gracias á la gravedad de estos estudios. Pero, como se echa de ver, el pensamiento cosmológico expuesto por Virgilio en esta égloga, coincide en un todo con el pensamiento cosmológico desarrollado por Lucrecio en su poema, salva la diferencia de revestir aquel un ropaje más poético. Y respecto á las Geórgicas, algo tambien muy expresivo del pensamiento filosófico de su autor encierra esta obra didáctica, especialmente en lo tocante á las abejas, á las cuales concede el primer poeta épico de Roma cierta inteligencia y cierta alma:

Esse apibus partem divinæ mentis, et haustus  
Æthereos dixere.... (2)

preciadísima confesion en el orden psicológico, que denota bien á las claras un inmenso progreso en la filosofía virgiliana, y acusa un gran movimiento de avance hácia

- 
- (1) Namque canebat uti magnum per inane coacta  
Semina terrarumque animæque marisque fuissent  
Et liquidi simul ignis; ut his exordia primis  
Omnia, et ipse tener mundi concreverit orbis;  
Tum durare solum et discludere Nerea ponto  
Cœperit, et rerum paulatim sumere formas;  
Jamque novum ut terræ stupeant lucescere solem  
Altius atque cadant submotis nubibus imbres.....

Egl. VI, v. 31-38.

- (2) *Georg.* lib. IV, v. 220.

las regiones más elevadas y generosas de la escuela estoica.

Si las Églogas de Virgilio, obra de su juventud, están inspiradas, en efecto, por el epicureismo, la Eneida, obra de su edad viril, llevan, al contrario, impreso el sello del estoicismo. Y las Geórgicas representan á su vez como la transición de aquel á este sistema. Así, sin ir más lejos, el mismo origen del mundo, explicado en las Églogas con arreglo á la doctrina de Epicuro, explícalo Virgilio en la Eneida conforme á la doctrina de Zenon:

Principio coelum ac terras, camposque liquentes,  
Lucentemque globum lunæ, titaniaque astra  
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus  
Mens agitat molem, et magno se corpore miscet (1).

En las Églogas nada se dice de esta alma que, según la Eneida, como según todos los estoicos, informa y preside el universo. Por lo demás, no es esta la única creencia espiritualista que campea en la Eneida, obra de la más alta transcendencia para la filosofía en su libro VI. Pues, aparte todo lo referente al infierno, de modo tan admirable descrito en dicho libro, el cuadro de las penas que allí experimentan las almas, y muy en especial, el dogma de la metempsícosis (2) datos son sobrado terminantes para reconocer que Virgilio renegó del epicureismo en el segundo período de su vida y profesó un estoicismo lindante con el platonismo.

Otro poeta de la corte de Augusto, sin filiación tampoco á ninguna escuela filosófica marcada, y que fluctúa

---

(1) *Æn.* lib. VI, v. 724-727.

(2) *Rursus et incipiant in corpora velle reverti.*

*Æn.* lib. VI, v. 752.

tambien á la continúa, más aún que Virgilio, entre epicúreos y estoicos, peripatéticos y académicos, es Horacio. Horacio es, en todo rigor de verdad, la cosa alada y leve, de que nos habla Platon. Nadie, más propiamente que él, podría ofrecerse como el tipo de la irresolucion filosófica, del indiferentismo científico. Carácter voluble y acomodaticio, inclínase ya á Epicuro, ya á Zenon, ora á Platon y ora á Aristóteles, segun las circunstancias. Todos estos sistemas filosóficos de la Grecia, refléjanse por igual y sucesivamente en sus escritos, los cuales encierran singular mosaico de bellezas y fealdades, extraña mezcla de bien y de mal, incoherente amalgama de vicios y de virtudes. Pásmase cualquiera de ver cómo el ilustre amigo de Mecenas, fija la mirada en el cielo, elévase unas veces á las etéreas cimas de lo moral y de lo justo, y otras, puestos los ojos en la tierra, arrástrase por los suelos de lo sensual y de lo ilícito. Mas pecaríamos de inconsiderados, si afirmáramos que Horacio es á todas horas un espíritu pedestre y trivial; pues mucho de lo que brilla en Horacio, no es oropel. Así, su obra en conjunto diríase la síntesis y el compendio de las escuelas socráticas; y de todas ofrece subidos toques y esmaltes en aquélla. Desde Sócrates á Pirron, nada le queda por recorrer al cisne venusino. Mostraráse, en sus ratos de buen humor, epicúreo, y en sus momentos de atencion refleja, estoico; seguirá en ocasiones á Aristóteles, á Platon, al mismo Sócrates; y siempre será Horacio, el inconstante y ligero Horacio.

Para demostrar cómo Horacio se inspira en estas varias disciplinas del saber antiguo, bastaría el aspecto generalísimo de cualquiera de sus obras. Considerad las odas de Horacio; y ellas os dirán que nuestro poeta es el

perfecto epicúreo. Considerad sus sátiras y sus epístolas; y resultará Horacio un fervorosísimo estóico. Considerad su Arte Poética; y sin gran esfuerzo os apercibiréis del criterio peripatético y académico de sus cánones. Y no quiere decir esto que en las odas de Horacio no se hallen á veces, como fértiles oasis en monótonos desiertos, trazas del más severo estoicismo; ni en sus sátiras, como nubes oscuras en clarísimo cielo, muestras del más vulgar epicureismo; pero tales son las notas salientes de dichos escritos, nota epicúrea en las odas, nota estóica en las sátiras y epístolas, nota académica y peripatética en la *Epístola ad Pisones*.

Estudiemos ahora en Horacio al epicúreo, al *porcum de grege Epicuri*, como él mismo se llamaba. Horacio, en los desbordamientos de su pasión y de su entusiasmo lírico, cae, con efecto, en el sensualismo. Y sensualista es el fondo de multitud de sus odas. Bajo este respecto, no carece de analogías con Anacreonte entre los griegos y con su predecesor Catulo entre los romanos. Su ánimo alegre y jovial, cual ninguno, solo se complace en los engañosos esparcimientos del cuerpo y de los sentidos. Su musa es la musa de los placeres y de las fiestas, de las saturnales y de las orgías. Ahogar sus penas en los vinos de la Campania, á los acordes de la cítara, hé aquí su continuo anhelo. Lo mismo en su *Solvitur acris hiems gratá vice veris et Favoní*..... (1), que en su *Ehen, fugaces, Posthume, Posthume*..... (2), ó en su *Diffugère nives, redeunt jam gramina campis*..... (3), las hondas quejas que se

---

(1) Lib. I, oda 4.

(2) Lib. II, oda 11.

(3) Lib. IV, oda 6.

exhalan de su alma, si inspiradas están por las vanidades de este mundo, no le detienen á Horacio, sino que le impelen, con más ardimiento que nunca, en la carrera de los vicios, ganoso de apurar hasta la última gota la copa del deleite. Si se conduce de la muerte de Quintilio, nada imagina tras el *perpetuus sopor*, que acaba de postrar inerte á este su amigo en la tumba. Y bien se dirija á sus *Sodales* (1), á su Anfora (2), á Fidile (3), á Galatea (4), ó á Lide (5), todo, todo invita y provoca en Horacio el vivir muelle y regalado. Ni es árduo descubrir en las odas infinidad de máximas desembozadamente epicúreas: *immortalia ne speres, post equitem sedet atra cura, dulce est disipere in loco, fabulæ manes, carpe diem*, etc.

Mas sabido es que Horacio abandona con frecuencia los jardines de Epicuro por el Pórtico de Zenon. En una epístola á Mecenas, ya confiesa sus vacilaciones y dudas filosóficas:

Nunc agilis fío, et mersor civilibus undis,  
Virtutis veræ custos, rigidusque satelles;  
Nunc in Aristippi furtim præcepta relabor,  
Et mihi res, non me rebus submittere conor (6).

Sin embargo, aunque su propósito es no afiliarse á ningun sistema, no hay duda que, desde entonces, más simpatiza con los estoicos que con cualquier otra escuela:

Vivere naturæ si convenienter oportet,  
Ponendæque domo quærenda est area primum (7).

---

(1) Lib. I, oda 29.

(2) Lib. III, oda 15.

(3) Lib. III, oda 17.

(4) Lib. III, oda 20.

(5) Lib. III, oda 21.

(6) Lib. I, ep. 1, v. 16-20.

(7) Lib. I, ep. 10, v. 12-13.

Precisamente esto era lo que sostenía Zenon. Ante todo, importa indagar el supremo bien. ¿Y en qué consiste el supremo bien para Horacio? Pues para nuestro poeta consiste en lo verdadero y en lo honesto:

Quid verum atque decens, curo et rogo, et omnis in hoc sum (1).

ó en la virtud, que es el mayor de todos los tesoros:

Vilius argentum est auro, virtutibus aurum (2).

No obstante, nada seduce y satisface á Horacio tanto como el *in medio stat virtus* del filósofo estagirita. Si nuestro poeta tiene fé en la inmortalidad que para sus cultivadores alcanza la poesía, y confía, de consiguiente, en que sus obras han de durar á perpetuidad (3), sus aspiraciones no por eso dejan de ser modestas:

Non omnis moriar, sed in nidulo meo.....

Meo sum pauper in ære....

Horacio no aspira á otra cosa que á su *aurea mediocritas*, al verdadero μέτρον τι aristotélico.

Insani sapiens nomen ferat, æquus iniqui,

Ultra quam satis est virtutem si petat ipsam:

todo tiene, así pues, un límite moderador, debiendo evitarse todo exceso. Y nadie desconoce que estas doctrinas eco son de la sabiduría peripatética.

En cuanto al arte poética, este código inmortal de preceptiva literaria, fúndase todo él en principios esencialmente platónicos:

Scribendi recte sapere est et principium et fons,

Rem tibi socraticæ poterunt ostendere chartæ (4).....

---

(1) Lib. I, ep. 1, v. 11.

(2) Lib. I, ep. 1, v. 53.

(3) Si quid mea carmina possunt,  
Exegi monumentum ære perennius.

(4) *Epist. ad. Pis.* v. 309.



Tu nihil invitâ facies dicesve Minervâ (1)....  
 ..... Cui lecta potenter erit res  
 Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo..... (2).  
 ..... Fuit hæc sapientia quondam  
 Publica privatis secernere, sacra profanis..... (3).  
 Ficta voluptatis causâ sint proxima veris (4).

ó en principios aristotélicos:

Humano capiti cervicem pictor equinam.... (5).  
 Sed non ut placidis coeant immitia..... (6).  
 Denique sit quodvis simplex duntaxat et unum..... (7).  
 Singula quæque locum teneant sortita decenter..... (8).  
 ..... Si vis me flere, dolendum est  
 Primum ipsi tibi..... (9).  
 ..... Et sibi constet. (10).

Ni Virgilio, ni Horacio son, pues, hombres de escuela que se aferran á un sistema y lo profesan con exclusion de los demás. Sus vaivenes en filosofía llévanlos un día de Epicuro á Zenon y otro de Zenon á Epicuro, sin norte, ni rumbo fijos, sin direcciones preconcebidas ni invariables. Hemos visto en Virgilio, primero un epicúreo y despues un estóico, quizás un platónico; y en Horacio estos mismos caracteres con cierta levadura peripatética además. Pues en Ovidio, que ahora nos corresponde estudiar, adviértese igual indecision, igual versatilidad. El poeta sulmonense es un espíritu antojadizo y caprichoso,

- 
- |      |                        |         |
|------|------------------------|---------|
| (1)  | <i>Epist. ad. Pis.</i> | v. 385. |
| (2)  | id.                    | v. 40.  |
| (3)  | id.                    | v. 396. |
| (4)  | id.                    | v. 338. |
| (5)  | id.                    | v. 1.   |
| (6)  | id.                    | v. 12.  |
| (7)  | id.                    | v. 23.  |
| (8)  | id.                    | v. 92.  |
| (9)  | id.                    | v. 102. |
| (10) | id.                    | v. 127. |

y como caprichoso y antojadizo, sin rival, que recorre también á la aventura los dominios de la metafísica. Bien mirado, sin embargo, Ovidio es ante todo epicúreo. Y no solo pertenece á esta escuela de filosofía por sus obras eróticas, como sus *Heróidas*, ó su *Arte de Amar*, composiciones todas inspiradas en principios sensualistas, sí que también por sus ideas cosmológicas:

Ante mare, et terras, et quod tegit omnia cœlum,  
Unus erat toto naturæ vultus in orbe,  
Quem dixere chaos; rudis, indigestaque moles,  
Nec quidquam, nisi pondus iners, congestaque eodem  
Non bene junctarum discordia semina rerum (1)....  
Prima fuit rerum confusa sine ordine moles  
Unaque erant facies sidera, terra, fretum (2).

Primitivamente todo era confusion en la naturaleza; sólo existía el caos, y en el caos los gérmenes discordes de las cosas. Ni siquiera había luz:

Nullus adhuc mundo præbebat lumina titan (3).

Luego la materia es eterna para Ovidio, de igual modo que para Lucrecio; y Dios no aparece en las *Metamorfosis* como Supremo Hacedor, sino como mero colaborador del universo:

Hanc deus et melior litem natura diremit (4).

Dios no crea, sino que organiza el mundo; y preexistente la materia, limitase á separar la tierra del cielo y las aguas de la tierra; no las saca de la nada. La cosmogonía de Ovidio es, por consiguiente, un puro dualismo.

Nada diremos del proceso genético ovidiano, en que se muestra al globo poblándose sucesivamente de los tres

---

(1) *Metam.* lib. I, v. 5-9.

(2) *Ars Amandi*, lib. II, v. 467-468.

(3) *Metam.* lib. I. v. 10.

(4) *id.* lib. I. v. 21.

reinos mineral, vegetal y animal, hasta llegar á la creacion del hombre, váriamente explicada por nuestro poeta:

Sanctius his animal, mentisque capacius alte,  
Deerat adhuc, et quod dominari in cœtera posset.  
Natus homo est: sive hunc divino semine fecit  
Ille opifex rerum, mundi melioris origo;  
Sive recens tellus, seductaque nuper ab alto  
Æthere, cognati retinebat semina cœli (1).....

hallóse, pues, todo organizado, cuando sólo faltaba un sér superior á los demás séres para presidirlos en dueño y señor. Y entonces nació el hombre. Ahora bien: dos teorías diferentes, platónica la una y la otra naturalista, aduce Ovidio para resolver el problema de nuestro origen. O es el hombre un destello, una emanacion de la divinidad que por sí misma lo formára, ó bien un producto, una efflorescencia de gérmenes celestes que la tierra desenvolviera en su seno. Pero Ovidio parece dar la preferencia á la teoría naturalista, puesto que inmediatamente añade:

Sic, modo quæ fuerat rudis et sine imagine tellus,  
Induit ignotas hominum conversa figuras (2).

Mas aparte de estos preciosísimos datos filosóficos que las Metamórfosis contienen, lo demás del poema, desde el diluvio de Deucalion y Pirra, que cambian las piedras en hombres, hasta la muerte de Julio César, que se trasforma en astro, todo lo demás son fábulas y mitos, extraños casi siempre á todo sentido metafísico (3).

Y en cuanto á sus elegías, á sus Tristes y Pónticas, aunque no siempre revelan idéntica nobleza de espíritu y elevacion de sentimientos, manifiéstase indudablemente

---

(1) id. lib. I. v. 76-81.

(2) id. lib. I. v. 87-88.

(3) También merece mencion, bajo el punto de vista metafísico, lo relativo á Pitágoras en el libro XV.

Ovidio en ellas, ménos epicúreo que Horacio en sus odas y tan espiritualista como Virgilio en su Eneida; de suerte que no sería difícil citar numerosísimos versos, en que, á vueltas de no escasos y graves errores, presiente el autor de los Fastos la inmortalidad del alma y la existencia de un pródigo y verdadero Dios (1).

Tal es el pensamiento filosófico de los tres poetas mayores del siglo de Augusto, á cuyo estudio, para ser completo, debiéramos añadir algunas consideraciones sobre otros dos de sus más ilustres coetáneos, Tibulo y Propertio. Pero en estos dos poetas elegiacos todo se reduce á una especie de filosofía del amor y de las pasiones, verdadera psicología práctica, sentimental é interna, ó psicología en accion, que no entraña á buen seguro tanto interés para la crítica como los altos problemas cosmológicos y metafísicos. Prescindiremos, pues, de su exámen, para fijarnos preferentemente en otros poetas de la decadencia que nos ofrezcan más abundante copia de ideas filosóficas. Y como nos llevaría demasiado lejos el ocuparnos de todos los poetas notables de la Roma Imperial, concretaremos nuestro estudio á cuatro tan solo de entre ellos, á Séneca, Lucano, Juvenal y Persio.

---

(1) Morte carent animæ.

*Met.* lib. XV, v. 168.

Est honor et tumulis; animas placate paternas.

*Fastos*, v. 533.

Si tamen extinctis aliquid nisi nomina restat.

*Amor.* lib. IV. eleg. 10.

Immensa est finemque potentia cœli

Non habet, et quidquid superi voluere peractum est.

*Metam.* lib. VIII.

Séneca, es ante todo y sobre todo, como Ciceron, un escritor en prosa; pero, como el émulo de Hortensio y el acusador de Verres, tambien cultivó la poesía, salva la diferencia de que los monumentos poéticos de Séneca, bien por haber mejor resistido á la injuria de los tiempos, bien por ser obras más meditadas y maduras que las del defensor de Milon, gozan tambien de más renombre y fama. Así, mientras nadie piensa hoy en el poema Glauco ó en el de Mario, ni en las traducciones de Arato y Sófocles, ni en la historia de su Consulado, escritas en verso por Ciceron; todos se acuerdan de las tragedias de Séneca.

La filosofía de Séneca en sus obras poéticas no se distingue, empero, de la filosofía de sus composiciones en prosa. El sábio cordobés muéstrase lo mismo en sus tragedias, que en su *De Vita Beata* y demás tratados filosóficos, un discípulo de Zenon más ó menos contemporizador é indulgente. Y no le falta razon á Nisard para afirmar que los personajes de dichas tragedias resultan de continuo unos estóicos. Sin embargo, lo que más llama desde luego la atencion en las tragedias de Séneca, es el influjo ejercido en las mismas por el destino ó fatalidad. Imitadas del teatro griego, fuerza les fué introducir en el romano ese importantísimo factor dramático de los helenos. Y así, cuando en algun diálogo se pronuncia el nombre de Dios, no temais confundirle con el *fatum*, el *fatum*, que representa á la vez para los antiguos el Dios y la Providencia de los cristianos:

..... rotat omne fatum  
Res Deus nostras celeri citatus  
Turbine versat.....(1).

---

(1) *Thiest.* Act. III, sc. 3.

Res humanas ordine nullo  
Fortuna regit (1).

Por lo demás, hay veces en que, cediendo á esta tendencia panteísta, Séneca no sólo involucra á Dios con el destino, sino con la propia naturaleza:

O magna parens, natura, Deum  
Tuque igniferi rector Olympi,  
Qui tanta regis..... (2)

y otras, en que pone en tela de juicio la existencia de la misma divinidad:

..... Et patrios deos  
(Si sunt tamen dii) cerno (3).

ó la inmortalidad del alma:

Post mortem, nihil est..... (4)

De aquí esta pobre filosofía de Séneca, sin esperanzas, ni consuelos, que sólo induce á la desesperacion y al suicidio, á la esclavitud moral y al fatalismo, y cuyo fondo oscuro no bastan á esclarecer las luminosísimas excelencias prácticas de la moral del Pórtico.

Los personajes estóicos que Séneca nos presenta en la escena del teatro, bien mirados, táchanse, sin embargo, de frios é inertes al lado de los vivos y muy expresivos que nos ofrece Lucano en la escena de la historia. El tipo de los estóicos romanos era Caton; y Caton en persona diríase que vive y alienta en la Farsalia, por lo maravillosamente que le retrata el autor de este poema. ¿Que-

---

(1) *Hippol.* Act. III, sc. 4.

(2) id. id. id.

(3) *Thiest.* Act. III, sc. I.

(4) *Troad.* act. II, sc. 3.



reis formaros un concepto aproximado del estóico ideal?  
Pues oid:

..... F' mores, hæc duri immota Catonis  
Secta fuit: servare modum, finemque tenere  
Naturamque sequi, patriæque impendere vitam,  
Nec sibi, sed toti genitum se credere mundo,  
Justitiæ cultor, rigidi servator honesti,  
In commune bonus, enullusque Catonis in actus  
Subrepsit, partemque tulit, sibi nata, voluptas (1).

En este bellísimo símil de Caton, obsérvase algo más que el imperativo categórico de *sustine et abstine*, ἀνέχου καὶ ἀπέχου; se observa algo, que no es meramente negativo, como en esta célebre máxima de Epicteto, sino positivo y esencialmente positivo. No se debe tan sólo dejar de hacer el mal; debe además hacerse el bien. La verdad es que nada tan sublime y consolador se había dicho en la Antigüedad, antes del Evangelio.

Pero, si la moral estóica de Lucano, como la de Séneca, es una moral purísima y casi perfecta para su época, también encontramos en Lucano, como en Séneca, las mismas deficiencias y los mismos errores bajo el punto de vista de la ontología. Lucano, acorde con sus doctrinas estóicas, es panteísta. Y hé aquí su profesion de fé cosmológica, puesta por él en labios de Caton:

¿Estne Dei sedes, nisi terra, et pontus, et aer,  
Et cœlum et virtus? ¿Superos quid quærimus ultra?  
Jupiter est quodeumque vides, quocumque moveris (2).

No cabe confesarlo de manera más explícita: Dios es todo lo que vemos, Dios es el espacio, la tierra, el mar, el aire, el cielo.

Y no ménos triste y deplorable que esta teodicea de

---

(1) *Phars.* lib. II, v. 381.

(2) *id.* lib. IX, v. 579.

Lucano, es su concepcion religiosa. La Farsalia está cuajada de todo linaje de groseras supersticiones: Apio manda abrir el santuario de Delos é interroga al dios Apolo; arrojado Caton tras deshecha tempestad en las Sirtes de Libia, aconséjale Labieno de consultar el oráculo en el templo de Júpiter Anmon; los soldados de César se resisten á abatir los robles sagrados de la selva marsellesa; inauditos presagios, como la resurreccion de Sila y Mario, auguran la guerra civil; y Sexto Pompeyo, para descubrir los arcanos del porvenir, apela á las artes mágicas infernales.

Dos estóicos, y estóicos de lucha, de conviccion, militantes (1), Juvenal y Persio, nos quedan ahora por examinar. Espíritus elevadísimos para nacidos en dias de iniquidades y rebajamiento, almas de excepcional y privilegiado temple, á quienes la indignacion favoreciera con entusiastas vocaciones poéticas, no se exagera al afirmar que ambos son los que alcanzan en sus sátirás la cúspide suprema de la filosofía romana. Inexorables censores de todos los vicios, dan ambos lecciones de la más sana moral, preconizando no pocas virtudes por la oposicion y contraste con aquellos. Y no sólo se echan de admirar sus

---

(1) En estos breves estudios, que de los poetas clásicos latinos venimos haciendo bajo el punto de vista filosófico, habrán podido observarse dos progresiones, una ascendente hasta el siglo de Augusto, y otra descendente á partir del mismo. En la primera domina el epicureismo; en la segunda el estoicismo. Diríase que sobrecogidos de horror y espanto ante los estragos cada dia crecientes de la depravacion pública—á que tanto contribuyera el sensualismo epicúreo,—en las postrimerías de la literatura latina sus más insignes cultivadores vuelven la vista á la severa y antigua *virtus* romana, promoviendo una saludable reaccion estóica en los espíritus.

sátiras por su ética, sí que por su filosofía toda; en lo cual se distinguen de Séneca y Lucano, mostrándose superiores bajo dicho respecto á estos dos otros estoicos de ménos alto vuelo y no tan recto sentido.

Así, para Juvenal, los dioses se interesan más por los hombres que los hombres por sí mismos (1); el culto á la divinidad es en cierto modo un instinto sublime, que nos distingue de los brutos (2); aunque tardía, no por eso deja de ser terrible la ira divina (3); los dioses castigan la sola intencion de pecar (4); los criminales más empedernidos no dudan que la divinidad les persigue (5); los dioses lo ven y lo oyen todo, é infligen penas al perjurio (6).

Y á su vez, Persio profesa un teismo no ménos acendrado, clamando contra los votos indiscretos (7), como Juvenal clamára contra la mala fé y el fanatismo. La mejor ofrenda para los dioses, segun Persio, no estriba en ricos y ostentosos sacrificios, estriba en la pureza de corazon y de espíritu (8); no se profiera jamás una palabra sacrílega (9); Júpiter no es insensible á los denuestos de los humanos (10).

Y por lo que al alma atañe, claro se observa que tanto Persio como Juvenal admiten, sino su inmortalidad,

---

(1) *Sat.* X.

(2) *id.* XV.

(3) *id.* XIII.

(4) *id.* XIII.

(5) *id.* XIII.

(6) *id.* XIII.

(7) *id.* II.

(8) *id.* II.

(9) *id.* II.

(10) *id.* II.

cuando ménos su existencia. Juvenal lo dice expresamente: desde el principio del mundo el Supremo Creador concedió alma racional á los hombres (1). Y Persio en su sátira sobre la verdadera libertad, que no es para él sino la libertad moral, confiesa lo propio implícitamente (2).

Lo que constituye, no obstante, el mayor encanto de estos dos poetas satíricos, es su doctrina moral. Juvenal y Persio señaladamente, son estóicos de pura sangre, inflexibles, catonianos, que no transigen con ningun otro sistema, ni se inclinan por nada ni en nada á cualquier otra disciplina de la Antigüedad. Así es que la historia de la literatura latina, no nos ofrece, sin duda alguna, entre sus poetas, figuras más interesantes que las de aquellos dos egregios moralistas; los cuales concilianse nuestras simpatías, tanto por lo escogido, como por lo arraigado de sus ideas y opiniones. En un siglo de decadencia y en un pueblo de descreídos, estos dos Tácitos de la poesía mantuviéronse firmes y creyentes, cuando todos vacilaban y todos caían. En una época de postracion y en una nación de esclavos, estos dos discípulos predilectos del afa-  
mado Cornuto, envueltos con altivez en los pliegues de su manto, dieron al mundo ejemplos de las virtudes más raras y de las más relevantes prendas. Y lo que más asombra: en una literatura, en que todos sus poetas, á excepcion de Lucrecio, y algun otro, tras fluctuaciones sin cuento, no acaban por abrazar ninguna escuela filosófica, Persio y Juvenal son los únicos que toman posicion, fijan actitud y deslindan campos.

---

(1) *Sat.* XV.

(2) *id.* V.

Y con esto terminamos. A grandes rasgos y en sus delineamientos principales, por no salir de los estrechos límites que la general costumbre prescribe á esta clase de ejercicios académicos, hemos, pues, sintéticamente considerado el pensamiento filosófico de los más notables poetas clásicos de Roma; y al dar de mano á estos estudios, sólo no resta agregar, como resultado de los mismos, una palabra á lo dicho en el principio. Dos objetos capitales proponíase nuestra tesis: el primero, demostrar que Roma tiene su filosofía; y que la tiene, con efecto, demuéstrole el curso de este trabajo. El segundo, inquirir hasta qué punto esa filosofía es nacional ó importada; asunto, por otra parte, que nos parece de sobra discutido, y cuya solución también se desprende de lo expuesto hasta aquí, dado que todos los poetas latinos inspiranse en sistemas griegos.

Para definir, luego, el alcance y sentido de la filosofía romana, por lo que de su exámen en los poetas resulta, bastaría establecer que no viene á ser otra cosa la misma sino una continuacion en el lugar y en el tiempo de la filosofía griega, ó, si se quiere, y más universalmente hablando, un momento intermedio entre la filosofía ática y la filosofía alejandrina; momento, en que el espíritu humano, agotadas sus energías de producción intelectual, las restaura en estado de quietismo absoluto y de reposo completo, convirtiendo su atención refleja á su vida anterior, para espaciarse despues con más ímpetu por los nuevos y vastísimos horizontes, que le había de brindar el cristianismo.

*Madrid 28 de Setiembre de 1886.*





















